

Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor A - B - C

Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. (Sal 117,24)



Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 10,34a.37-43

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: – Hermanos: Vosotros conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo; porque Dios estaba con él.

Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección.

Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime: que los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados.

Segunda lectura

Colosenses 3,1-4

Hermanos y hermanas: Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria.

Evangelio

Juan 20,1-9

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo a quien quería Jesús, y les dijo: – Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro. Vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con

las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Meditación

El sepulcro vacío y la resurrección de Jesús. La fe de los primeros discípulos en la resurrección de Jesús se apoyaba, en última instancia, en el encuentro personal con él después de la muerte. Aquéllos que no lo habían encontrado personalmente se fiaban del testimonio fidedigno de quienes lo afirmaban. Como nosotros. En nuestra búsqueda de argumentos a favor de la resurrección no podemos llegar más allá de la credibilidad de los testigos que la afirman y cuya fe pasó a ser normativa para la Iglesia.

A pesar de lo dicho, debe tenerse en cuenta la información que recogen los cuatro evangelios sobre un acontecimiento que precedió a las apariciones o encuentros personales con el Señor: el descubrimiento del sepulcro vacío. Cómo fue descubierto y por qué no provocó inmediatamente la fe en la resurrección son cuestiones a las que cada evangelio responde de distinta manera. En definitiva, siguen siendo cuestiones abiertas. Posiblemente el suceso no adquirió tanta importancia porque el encuentro personal con Jesús resucitado tuvo lugar muy pronto. Entonces el sepulcro vacío pasó a ser considerado como algo muy secundario.

La narración del cuarto evangelio aparece muy estilizada. Se dan muchas cosas por supuestas, por ejemplo, que el sepulcro había sido sellado. Más aún, él presenta el suceso haciéndolo progresar del pensamiento de la simple consternación hacia la fe. Veamos el progreso.

La reacción de María Magdalena es de consternación. Y es debida a que el sepulcro no estaba en las condiciones en que lo habían dejado el viernes después de la sepultura de Jesús.

La segunda reacción es la del discípulo a quien amaba Jesús. Llega corriendo al sepulcro. La reacción decisiva es la del discípulo a quien amaba Jesús, no la de Pedro.

El otro discípulo comprobó, lo mismo que Pedro, cómo habían quedado las cosas: vio las fajas, el sudario... Era inadmisibles que un ladrón hubiese dejado tan ordenadas las cosas. Ha tenido que ser algo distinto. La conclusión no iba, por cierto, demasiado lejos. De esta conclusión a que Jesús hubiese resucitado había un buen trayecto que recorrer.

Pero el otro discípulo vio y creyó. Es la única ocasión en que se afirma en todo el Nuevo Testamento que alguien creyó al ver vacío el sepulcro donde había sido sepultado Jesús. Posiblemente lo que quiere afirmarse es que fue ese discípulo el primero que creyó en la resurrección de Jesús, antes que María Magdalena e incluso antes que Pedro.

Sigamos en el terreno de la posibilidad. El evangelista tiene delante unos lectores que, en su mayoría, no habían tenido un encuentro personal con Cristo, al estilo de los descritos con motivo de las apariciones. A pesar de ello, ¿podían estar seguros de su fe en Cristo resucitado? ¿No era necesario el encuentro personal? El evangelista responde diciendo que no era necesaria esa serie de pruebas. Al fin y al cabo, él mismo había creído, teniendo como punto de partida no el encuentro personal, que sería lo ideal, sino simplemente los indicios vistos en el sepulcro vacío.

¿Quiere presentarse así como ejemplo de credibilidad y de la disposición para creer que deben tener aquéllos que oigan referir el hecho de la resurrección a aquellas personas que son testigos de primera mano?

Se afirma, además (v. 9), que aquella fe a la que llegó el discípulo amado era algo muy nuevo para él y para los demás discípulos. Nadie había caído en la cuenta – partiendo de su conocimiento del Antiguo Testamento – que Jesús tenía que resucitar de entre los muertos. Esto ocurrió posteriormente, cuando la reflexión cristiana descubrió la profundidad de aquellos pasajes del Antiguo Testamento que apuntaban a la resurrección del Mesías.

Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor A - B - C

Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. (Sal 117,24)



Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 10,34a.37-43

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: – Hermanos: Vosotros conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo; porque Dios estaba con él.

Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección.

Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime: que los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados.

Segunda lectura

1 Corintios 5,6b-8

Hermanos y hermanas: ¿No sabéis que un poco de levadura fermenta toda la masa? Barred la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ácidos. Porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo.

Así, pues, celebremos la Pascua, no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad), sino con los panes ácidos de la sinceridad y la verdad..

Evangelio

Juan 20,1-18

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo a quien quería Jesús, y les dijo: – Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto. Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro. Vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos. Y volvieron los discípulos a los suyos.

Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro; y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido colocado. Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Rabuní! (que quiere decir, Maestro). Jesús le dijo: Suéltame, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas.

Meditación

El sepulcro vacío y la resurrección de Jesús. La fe de los primeros discípulos en la resurrección de Jesús se apoyaba, en última instancia, en el encuentro personal con él después de la muerte. Aquellos que no lo habían encontrado personalmente se fiaban del testimonio fidedigno de quienes lo afirmaban. Como nosotros. En nuestra búsqueda de argumentos a favor de la resurrección no podemos llegar más allá de la credibilidad de los testigos que la afirman y cuya fe pasó a ser normativa para la Iglesia.

A pesar de lo dicho, debe tenerse en cuenta la información que recogen los cuatro evangelios sobre un acontecimiento que precedió a las apariciones o encuentros personales con el Señor: el descubrimiento del sepulcro vacío. Cómo fue descubierto y por qué no provocó inmediatamente la fe en la resurrección son cuestiones a las que cada evangelio responde de distinta manera. En definitiva, siguen siendo cuestiones abiertas. Posiblemente el suceso no adquirió tanta importancia porque el encuentro personal con Jesús resucitado tuvo lugar muy pronto. Entonces el sepulcro vacío pasó a ser considerado como algo muy secundario.

La narración del cuarto evangelio aparece muy estilizada. Se dan muchas cosas por supuestas, por ejemplo, que el sepulcro había sido sellado. Más aún, él presenta el suceso haciéndolo progresar del pensamiento de la simple consternación hacia la fe. Veamos el progreso.

La reacción de María Magdalena es de consternación. Y es debida a que el sepulcro no estaba en las condiciones en que lo habían dejado el viernes después de la sepultura de Jesús.

La segunda reacción es la del discípulo a quien amaba Jesús. Llega corriendo al sepulcro. La reacción decisiva es la del discípulo a quien amaba Jesús, no la de Pedro.

El otro discípulo comprobó, lo mismo que Pedro, cómo habían quedado las cosas: vio las fajas, el sudario... Era inadmisibles que un ladrón hubiese dejado tan ordenadas las cosas. Ha tenido que ser algo distinto. La conclusión no iba, por cierto, demasiado lejos. De esta conclusión a que Jesús hubiese resucitado había un buen trayecto que recorrer.

Pero el otro discípulo vio y creyó. Es la única ocasión en que se afirma en todo el Nuevo Testamento que alguien creyó al ver vacío el sepulcro donde había sido sepultado Jesús. Posiblemente lo que quiere afirmarse es que fue ese discípulo el primero que creyó en la resurrección de Jesús, antes que María Magdalena e incluso antes que Pedro. Sigamos en el terreno de la posibilidad. El evangelista tiene delante unos lectores que, en su mayoría, no habían tenido un encuentro personal con Cristo, al estilo de los descritos con motivo de las apariciones. A pesar de ello, ¿podían estar seguros de su fe en Cristo resucitado? ¿No era necesario el encuentro personal? El evangelista responde diciendo que no era necesaria esa serie de pruebas. Al fin y al cabo, él mismo había creído, teniendo como punto de partida no el encuentro personal, que sería lo ideal, sino simplemente los indicios vistos en el sepulcro vacío.

¿Quiere presentarse así como ejemplo de credibilidad y de la disposición para creer que deben tener aquellos que oigan referir el hecho de la resurrección a aquellas personas que son testigos de primera mano?

Se afirma, además (v. 9), que aquella fe a la que llegó el discípulo amado era algo muy nuevo para él y para los demás discípulos. Nadie había caído en la cuenta – partiendo de su conocimiento del Antiguo Testamento – que Jesús tenía que resucitar de entre los muertos. Esto ocurrió posteriormente, cuando la reflexión cristiana descubrió la profundidad de aquellos pasajes del Antiguo Testamento que apuntaban a la resurrección del Mesías.